El condenado loro aquel

CADA vez que me acuerdo de aquel pajarraco me entran grandes deseos de asesinarlos a todos sin distinción de sexos ni edades.

Hacia ya muchísimo tiempo que tenía la intención de comprar un loro. Empezó la cosa desde el día en que le regalaron un bicho de éstos a Gutiérrez. Gutiérrez es uno de mis compañeros de oficina, y desde el día en que poseyó el loro no paraba un momento de explicar lo que hacía y lo que dejaba de hacer el dichoso bicharraco, al que él llamaba «Pitusín». Empecé a tenerle cierta envidia, lo reconozco, ello fué el principal motivo que me indujo a comprar también uno.

Fué un día final de mes, que siempre me quedará gravado en mi memoria como uno de los días más aciagos de mi existencia. Fuí a comprarlo en una tienda de las más bien surtidas de la ciudad en toda clase de animales, desde el mono feo y peludo que no paraba un solo momento en su reducida jaula, al polluelo de incubadora, pasando por perros de todas las razas más o menos conocidas, gatos de angora y de los que no eran de angora, aunque no por esto dejaban de ser gatos, pájaros habladores y cantores de vistosos y ricos plumajes, tortugas de mar y de tierra, conejos blancos y negros, cisnes, etc... y todo ello en una tal miscelánea y con un griterío que se armaba allí dentro que se necesitaban tener grandes deseos de comprar algo para entrar.

Pedí al vendedor un loro joven e inteligente para que pudiera aprender pronto a hablar. Y me trajeron uno que de joven me pareció que tenía bien poco, pues en su cochino pellejo habían muy pocas y descoloridas plumas y en cuanto a inteligente me pareció que más que esto lo que tenía era mucha picardía y desvergüenza. Reconozco que entonces mi opinión no valía gran cosa, pues carecía de experiencia en esta clase de asuntos. Así es que después de asegurarme el dependiente, repetidas veces por cierto, que el pájaro era muy joven, y de que si tenía pocas plumas era debido a ello, así como lo que yo llamaba picardía del loro no era otra cosa que su inteligencia en período de formación, compré el bicho por lo que me pedía y no muy convencido aún de él me lo llevé para mi casa.

Le compré una jaula que me costó ya casi tanto como el loro, le alimenté con huevos duros y bizcochos con leche, pues debido a su juventud temía darle según que clase de granos que pudieran dañar su tierno estómago, y empecé a enseñarle a hablar repitiendo

las palabras centenares de veces al día durante años enteros.

Yo venía observando, lo cual me tenía un poco escamado, que «Pirata» que así se llamaba el loro, parecía reirse de cuando en cuando de mí. Tal acontecía, por ejemplo, cuando con toda delicadeza le daba el preparado de huevo y bizcocho con leche para comer, así como cuando con todo mi inútil empeño procuraba enseñarle a hablar. Era entonces cuando el bicho me soltaba aquellos graznidos, que más que éstos parecían carcajadas burlonas y que tenían la facultad de ponerme los nervios en tensión.

El caso es que pasaron varios años, y a pesar de mi constante esfuerzo el loro no aprendía a hablar. Yo estaba desesperado, consulté el caso con algunos desconocidos, pero ninguno de ellos me dió una explicación convincente, todos me decían que tuviera paciencia, que el que hablara un loro no era cosa de cuatro días. Pero, ¡que diablos con la paciencia! hacía siete años que tenía y ya se me estaba terminando. Así es que a partir de aquella época empecé a emplear con el loro métodos pedagógicos un poco duros, le reducía la ración de comida, y le tenía en un rincón en plena oscuridad durante horas y más horas. Pero el loro nada, gruñía mucho y me miraba cada vez peor si cabe, pero de hablar... de hablar, ¡ni hablar!

La tragedia llegó con mi ascenso en el escalafón de la oficina en que estaba empleado. Recuerdo perfectamente cada uno de aquellos momentos que me llenaron de vergüenza y humillación. Mis compañeros de oficina vinieron a mi casa a festejar mi ascenso. No pude evitarlos, y ellos claro, tanto me habían oído alabar las habilidades de mi loro, y tantas gracias y delicadezas de él les había explicado, todo, claro está, pura imaginación mía para mantenerme por encima de Gutiérrez y su loro, que no tuve más remedio, dado lo mucho que insistieron, que enseñarles el maldito pajarraco. Les dije, eso sí, que hacía un par de días que no hablaba mucho porque debía estar algo indispuerto y que era muy posible que el loro no dijera nada, más, habiendo tanta gente por delante pues era de carácter muy dulce y tímido. Recuerdo que aquel día lo había tenido sin alimentar y en plena oscuridad, tal era mi desesperación ante la inutilidad de mis esfuerzos para enseñarle a hablar.

Mis compañeros se lo miraron mucho, Gutiérrez dijo que le parecía muy viejo aquél pájaro, que él por lo menos le echaba encima sesenta o setenta años. Pero todo cuanto dijera Gutiérrez o los demás poco me hubiera importado si en aquel momento y ante la general sorpresa de los reunidos y en especial de la mía,